

De la sumisión al empoderamiento de las mujeres adolescentes y jóvenes

Resultado de investigación finalizada

GT: 11 Género, desigualdades y ciudadanía

Graciela Irma Climent.

Resumen

El empoderamiento es un proceso de aumento progresivo del poder mediante el cual las personas expanden su capacidad para tomar decisiones. Se relaciona con los modelos familiares –democráticos o autoritarios– y las relaciones familiares –armónicas o conflictivas – que favorecen el desarrollo de diversos componentes del empoderamiento –autoestima, confianza en uno mismo, agencia, autocontrol

Se relaciona, además con la socialización de género que favorece las relaciones de género y generación de igualdad o de subordinación y deriva en la satisfacción con la situación vital.

El objetivo del trabajo es describir diversas maneras en que las mujeres adolescentes se someten o resisten al poder patriarcal – conyugal y paterno – y/o logran empoderarse en diversas áreas de su vida –sexualidad, trabajo, familia–.

Palabras clave: Estrategias de empoderamiento, Relaciones de poder, Socialización de género.

Introducción

El empoderamiento de las mujeres surge como necesario por la persistencia de la subordinación de las mujeres en las relaciones intergenéricas (Peláez 1998) y se traducen en prácticas impuestas desde el poder patriarcal para controlar a las mujeres tales como la división sexual del trabajo, la doble jornada laboral para la mujer, la negativa de los hombres a utilizar preservativos, la presión para que las mujeres tengan hijos o aborten o la violencia y el feminicidio.

La Organización Panamericana para la Salud sostiene que el empoderamiento de las mujeres adolescentes es clave para alcanzar la equidad de género y garantizar sus derechos y que la adolescencia representa una excelente etapa para revisar los roles de género a los fines de lograr el empoderamiento (OPS 2010).

El objetivo de este trabajo es describir distintas dinámicas del proceso de empoderamiento de las mujeres adolescentes, es decir las diversas maneras en que se someten o resisten al poder masculino – conyugal y paterno– y/o logran empoderarse y tomar sus propias decisiones.

Se desarrollarán algunos conceptos vinculados al empoderamiento y se analizarán algunos testimonios en los que se ponen en evidencia los obstáculos que las mujeres adolescentes y jóvenes encuentran para tomar sus decisiones en forma autónoma.

1. Concepto de empoderamiento

El empoderamiento es un proceso de aumento progresivo del poder por medio del cual las personas expanden su capacidad para tomar decisiones estratégicas en dimensiones de la vida, –familia, estudios, trabajo, sexualidad, recreación– habilidad que les era anteriormente limitada o negada. Implica la libertad de escoger y de actuar.

El empoderamiento es un proceso en desarrollo permanente, sin un punto de llegada definitivo que sucede en etapas. Y es reversible, es decir que puede darse una pérdida de poder (Silva y Martínez 2004; OPS 2010; Casique 2012).

El empoderamiento se define cultural y contextualmente por lo que establecer que una persona está empoderada depende del contexto cultural específico –medio urbano o rural, clase social, etnia, género– .

El concepto de empoderamiento es multidimensional que incluye varios conceptos de manera explícita o implícita (OPS 2010).

Sin pretender hacer un análisis de cada uno de esos conceptos puede decirse que, según Amartya Sen, (citado por Pick et al. 2007) la agencia es la habilidad de definir las metas propias de forma autónoma y de actuar a partir de las mismas.

La autonomía es la capacidad de actuar según la propia voluntad sin presiones ni coacciones, según motivaciones intrínsecas y no en base a recompensas y castigos.

La confianza en la propia competencia personal se refiere a la evaluación y creencias de las personas acerca de su capacidad para lograr lo que se proponen.

El concepto de control –interno o externo– se refiere a las creencias acerca de los factores que determinan los logros alcanzados: sus propios esfuerzos o la suerte, el azar o la influencia de personas que detentan el poder.

La autorregulación es la capacidad de evitar involucrarse en conductas que tienen costos para la persona –consumo de drogas y alcohol, hechos delictivos, peleas–.

2. Familia, relaciones de poder y empoderamiento

La familia es una organización jerárquica atravesada por relaciones de poder asimétricas y desiguales en las que, tradicionalmente, el varón ejerce la autoridad según criterios de edad y género y las mujeres ocupan lugares de subordinación en su carácter de cónyuges o hijas

Pero, según Calveiro (2005), en la familia también se despliegan, explícita o implícitamente, distintas estrategias mediante las cuales los miembros más “débiles” –las mujeres, los niños/as y adolescentes– intentan establecer relaciones de poder menos asimétricas. Algunas de ellas como la confrontación directa –por ejemplo un adolescente que se atreve a hacer frente a la violencia del padre o una mujer a la del marido– a veces logran atenuar la relación de dominación pero no siempre resultan exitosas.

En otros casos, la resistencia es pasiva y sigue caminos laterales, subterráneos, sinuosos: la sumisión, el silencio, el dejar pasar el tiempo en espera de la ocasión adecuada –ser mayor, conseguir un trabajo y tener autonomía económica, conseguir una vivienda para poder separarse–. Estas estrategias no son necesariamente planeadas ni suponen una racionalidad explícita.

El modelo familiar más frecuente según el ejercicio del poder dentro de la familia ha sido el autocrático en el que la máxima autoridad es ejercida por el padre que toma las decisiones e impone verticalmente las reglas de convivencia no sólo sobre los hijos sino también sobre la mujer. Se demarcan áreas de responsabilidad diferenciadas según sexo que determina la división sexual del trabajo. Se sobrevalora la obediencia y se apela a los castigos. Se da una socialización marcadamente diferenciada entre varones y mujeres que define rígidamente los caminos permitidos para la realización personal. Por el contrario, un modelo de socialización participativo o democrático se caracteriza por la discusión y búsqueda de consenso acerca de las reglas de convivencia en la familia, la participación en las decisiones, la explicitación de los criterios que rigen las normas. Se valora el pensamiento crítico y el desarrollo de la autonomía. La disciplina tiende a la internalización de valores. La socialización de varones y mujeres se da bajo pautas más o menos comunes, propiciando diversos caminos para la realización personal de ambos (Musitu et al. 1996, Climent 2009).

La familia se ha ido transformando desde modelos autocráticos a modelos más participativos. Sin

embargo, aún persisten, pautas marcadamente autoritarias que ubican a la mujer en un lugar de subordinación (Jelin 2005).

Por otra parte los modelos familiares se asocian con la calidad de las relaciones familiares. El autoritarismo da origen a relaciones familiares conflictivas que no favorecen el desarrollo adecuado de sus miembros mientras que en las familias en las que predominan modelos familiares participativos las relaciones suelen ser armónicas. Las buenas relaciones familiares permiten que los niños establezcan una relación emocional estable con una figura adulta significativa y vínculos de apego seguro lo cual favorece el desarrollo de diversos componentes del empoderamiento como la autoestima, la confianza en sí misma, la capacidad de agencia, de relacionarse con los demás y de obtener el apoyo de otros. Así mismo se relaciona con los logros académicos y la motivación para estudiar (Louro Bernal 2005).

A la vez, el empoderamiento se relaciona con la socialización de género –tradicional o moderna– a través de la cual se forman representaciones sociales en torno al rol de la mujer, la maternidad, la sexualidad y la familia que favorecen las relaciones de género de igualdad o de subordinación.

3. Empoderamiento, situación vital y bienestar subjetivo

El empoderamiento se relaciona con la satisfacción con la situación vital, definida como la valoración que la persona hace de su vida en general o de aspectos particulares de ésta –familia, estudios, trabajo, salud, amigos, tiempo libre– (Moyano Díaz y Alvarado 2007).

El empoderamiento se vincula con el bienestar subjetivo que deriva de la percepción de las personas de que tienen los recursos, la energía y la competencia para alcanzar sus objetivos. Incluye tanto la capacidad objetiva de controlar el propio entorno como la convicción subjetiva de que puede hacerlo. Contrariamente, la falta de empoderamiento se expresa en el malestar subjetivo, en sentimientos de impotencia y de falta de control (OPS/OMS 2006).

4. Objetivo y metodología

El objetivo del trabajo es describir distintas dinámicas del proceso de empoderamiento, es decir las diversas maneras en que las mujeres se someten o resisten al poder patriarcal –conyugal y paterno, que a veces es ejercido por la madre– y/ o logran empoderarse y tomar sus propias decisiones.

Se basa en la investigación “Estrategias de enfrentamiento de la maternidad en la adolescencia” cuyo objetivo fue relacionar la *calidad de las relaciones familiares* en la familia primaria con 1) las distintas estrategias –educacionales, laborales, sexuales y reproductivas, conyugales– desplegadas por mujeres que fueron madres en la adolescencia y 2) la evaluación que dichas mujeres hacen de su situación vital actual, reflejando su nivel de bienestar. En 2008 se entrevistaron a 40 mujeres que habían sido madres en la adolescencia residentes en una villa de emergencia la ciudad de Buenos Aires, es decir en un contexto de pobreza. (Tabla 1)

Las estrategias de vida se refieren a la forma en que las mujeres enfrentan la vida cotidiana interesando las referidas a las prácticas sexuales y reproductivas, formación de pareja, crianza de los hijos, vivienda, educación, trabajo y sostén económico.

Estas estrategias no son necesariamente planificadas en base a criterios racionales sino que se van implementando como respuestas a las necesidades cotidianas, a los recursos disponibles y a las posibilidades del medio. A veces se implementan estrategias de “emergencia” para paliar situaciones inesperadas –desempleo, enfermedades, embarazos imprevistos, abandono de la pareja– que más que “opciones” parecen “imposiciones del destino” (Fernández 1994).

Al desplegar esas estrategias se evidencia la capacidad de decisión es decir el empoderamiento alcanzado por las adolescentes y jóvenes, tema “emergente” en el proceso de investigación que motivó el presente trabajo.

5. Síntesis de los hallazgos

Se presentarán algunos testimonios de las mujeres según estén o no empoderadas, aclarando que aunque una mujer puede ser considerada en una de esas categorías, no significa que en la realidad se encuentren tipos puros. Más bien, las mujeres pueden llegar a empoderarse en algunas áreas de su vida y no lograrlo en otras.

Las mujeres que han logrado empoderarse se llevan bien con sus familias primarias y pudieron superar los conflictos si es que los tuvieron y no sienten resentimientos respecto a las circunstancias vividas en ella. Es frecuente que contaran con una figura adulta significativa con la que establecieron fuertes vínculos de apego y que estuvo presente en situaciones críticas, brindando su apoyo:

“Mi mamá es mi mano derecha, mi única amiga, todo, me da una mano con los chicos, está siempre, siempre estuvo.”

“Mi mamá y mi papá me dijeron que para comer no me va a faltar nada pero que mi marido me tiene que vestir a mí y a mi nene y comprarme las cosas del colegio.”

Las familias las estimularon para que estudiaran y actualmente tienen una alta valoración de la educación como medio de realización personal e independencia económica. En otros casos este apoyo provino de diversas instituciones que las han alentado a continuar estudiando –mediante becas, cursos en horarios adecuados para sus necesidades, apoyo a las estudiantes embarazadas o madres–.

Sus representaciones sociales sobre los roles de género reflejan la expectativa de igualdad entre los roles de varones y mujeres, de compartir, de roles intercambiables y de la posibilidad de la mujer de independizarse y poder tomar decisiones. Consideran que tanto el hombre como la mujer deben mantener a la familia y ocuparse de las tareas domésticas y que es preferible que las mujeres trabajen:

“Una mujer no tiene que vivir dependiendo del hombre; es mejor que trabaje afuera y que en la casa ayuden los dos y no sólo la mujer, no lo veo justo.”

“Es mejor que los dos están al igual porque si el hombre trabaja y mantiene a la mujer y maneja la plata, cree que manda; piensan que las mujeres son sirvientas que tienen que tener todo limpio, todo listo, porque él trabaja.”

Algunas llegan a esa conclusión luego de haber pasado por situaciones de dominación por parte de la pareja, mostrando su capacidad de aprender de la experiencia y que el empoderamiento se da por etapas.

Así es que varias de estas mujeres decidieron trabajar a pesar de la oposición del marido y sostienen que el trabajo es un medio para estar más informada, no aburrirse, tener independencia económica:

“Yo quise salir a trabajar porque al estar siempre metida en su casa una no sabe lo que es la vida, lo que es la calle, la gente, comunicarse.

“Me aburro en mi casa y quiero tener mi plata porque él trae plata y dice “esto es para pagar acá y esto para acá” y si los chicos quieren esto, yo quiero ir y comprarles, no que tengo que esperar; no es lindo que querés comprarte algo y tenés que pedirlo.

Algunas mujeres buscan salidas que les permitan resolver difíciles situaciones económicas aún cuando el marido se opusiera:

“Ahora estuvimos vendiendo choripán con mi suegra en una cancha que hay ahí el viernes, sábado y domingo porque los dos estamos sin trabajo. El no quería pero con eso nos vamos arreglando.”

Resalta que entre las empoderadas buscan y algunas obtienen trabajos formales –“un trabajo digno”; “con obra social”–. El mayor nivel educacional y la participación en organizaciones comunitarias que enfatizan los derechos humanos –son varias dentro de la villa– se relacionan con estas expectativas:

“Pienso terminar el colegio y después estudiar comercio exterior o despachante de aduana y quiero trabajar pero no quiero de limpieza; ya hice eso y no me gusta. Si estoy estudiando quiero algo mejor.”

La mayoría de las entrevistadas tenía una educación sexual muy limitada pero las que contaron con familias contenedoras tuvieron algo más de información y consejos y pudieron tomar decisiones como usar anticonceptivos y decidir cuando embarazarse en proporción algo mayor que las no empoderadas. Algunas de las mujeres más jóvenes también han recibido educación con un enfoque más integral en las escuelas aunque parecería que no ha sido suficiente para que implementaran prácticas preventivas.

“Sabía todo; en la escuela nos pasaron videos sobre las enfermedades y sobre quedar embarazada, sobre alcohol, de que si la mujer tomaba era más fácil perder el conocimiento y que un chico le haga cualquier cosa, sobre el DIU, las pastillas, las inyecciones. Yo usaba preservativos, pero bueno, a veces no lo usábamos.”

Los embarazos no planeados se debieron al uso incorrecto del método anticonceptivo aunque también por no exigir el uso del preservativo a la pareja.

El uso de pastillas, en menor medida de inyectables y en pocos casos el DIU se inicia, generalmente luego del primer hijo. Entre los motivos para usarlos sobresale la dificultad de negociar con la pareja el uso del preservativo y el hecho de que se sienten más seguras al quedar a su cargo el control de la fecundidad. Parecería que haber tenido un primer hijo sin planearlo fuera un hito que les hace aprender la importancia de cuidarse y logrando empoderarse en esa área luego de un primer fracaso en el control de su fecundidad:

”Antes usaba preservativo pero quise tomar pastillas porque a veces ya no usábamos preservativo y por ahí quedaba embarazada otra vez.”

Otro indicador del empoderamiento sexual se constata en el hecho de que las todas mujeres separadas y casi todas las solteras están utilizando métodos anticonceptivos como pastillas o inyectables. Algunas mantienen una relación de pareja pero otras quieren estar protegidas por si retoman la relación con la pareja o por si se presenta la ocasión de tener relaciones sexuales.

“Uso inyectable porque estoy saliendo con alguien; todavía no tenemos relaciones pero...”

“Hace tres meses estamos saliendo pero no estoy muy segura porque por ahí se pone el preservativo o como que no le importa mucho y prefiero tomar yo la pastilla. No quiero que me vuelva a pasar.”

“Tomo pastillas porque nunca se sabe; por ahí me junto otra vez con él porque tenemos una buena relación; no es que yo le dije ‘andate’.”

“Yo si tengo pareja tomo pastillas, si no tengo 6, 7 meses, igual tomo. Antes estaba que tomo 2 meses y dejo. Ahora no; tomo siempre. “

Esto está mostrando por un lado, la firme decisión de controlar la fecundidad y por otro que no confían en que el varón utilice preservativos ni en que ellas puedan negociar su uso –lo cual ocurre también entre las unidas– aunque no están protegidas de las enfermedades de transmisión sexual. Sin embargo, lo remarcable es el reconocimiento de los propios deseos y la concepción creciente de que la sexualidad placentera puede ser vivida sin que medie una relación de pareja estable y sin riesgo de embarazo. Otro indicador de empoderamiento ha sido la resistencia a abortar ante la presión de las parejas o los padres o de hacerlo.

La mayoría del total de las mujeres se embarazó estando solteras y se unió durante el embarazo siendo éste el que motivó la unión en muchos casos. Pero también se encontró quienes a pesar de estar embarazadas deciden no unirse porque no confían plenamente en la pareja o porque privilegian su independencia después de haber pasado por una situación considerada de dominación por parte de la primera pareja.

“Cuando quedé embarazada él me había ofrecido para irme con él pero yo no quiero porque la mayoría de los hombres quieren dominar una vez que estás con ellos; a mí ya me pasó y yo pienso trabajar ahora.”

Las que se encuentran empoderadas mantienen relaciones armónicas y de igualdad con sus parejas, toman decisiones en conjunto y comparten las tareas domésticas.

Algunas que han pasado por situaciones de violencia conyugal pudieron superarla:

“Cuando nos casamos era muy celoso, golpeador y dos años atrás yo fui a la justicia y me ayudaron allá; lo vieron los psicólogos, lo hablaron y ahora nos llevamos mejor. Mi mamá me apoyó en eso.”

Las mujeres empoderadas establecen relaciones de amistad íntimas y cuentan con ellas. A la vez, participan en mayor proporción que las no empoderadas en distintas organizaciones sociales y comunitarias, aunque en forma limitada dado la necesidad de cuidar de los hijos.

Por otra parte, estas jóvenes mujeres aprovechan los recursos existentes en el barrio: – Casa del Niño, talleres recreativos y artísticos, apoyo escolar, scouts, centro de salud, iglesia, comedor comunitario–. Son capaces de gestionar planes sociales, vacantes para la guardería o la escuela de los hijos. Piden ayuda cuando la necesitan.

Las mujeres empoderadas tienen una adecuada autoestima –“Soy optimista”; “Siempre tiro para adelante”; “No me quedo atrás”– y valoran lo alcanzado por sí mismas –“Con mi esfuerzo”; “Con mucho sacrificio”– tienen confianza en sí mismas y en los demás.

Pueden proyectarse en el futuro, tienen una actitud optimista ante el mismo, sus proyectos son realistas –estudiar, trabajar cuando los hijos sean más grandes o si consiguen ubicarlos en una guardería que ya han gestionado o porque ya cuentan con la ayuda de algún familiar que los cuide, construir o terminar la casa, tener otros hijos más adelante cuando estén en mejor situación o no tener más– buscan solucionar sus problemas y trazan estrategias para llevar a cabo sus proyectos. Se sienten satisfechas con sus vidas lo cual refleja su bienestar subjetivo.

Por su parte, las mujeres no empoderadas se han criado en familias conflictivas, no contenedoras y a menudo violentas. No han contado con una figura adulta significativa con la cual establecer relaciones de apego seguro:

“Siempre me acuerdo que en mi embarazo mi mamá no me apoyó y siempre hay cosas de atrás que uno se acuerda. Cuando yo tenía 8 años ella como que nos abandonó por venir con el

marido; yo sufrí mucho. Me dejó con mi abuela pero ella nunca estaba porque es enfermera y vivía trabajando. Cuando yo tenía 14 años recién me fue a buscar. Debe ser que quería que la ayude con los hijos; por lo menos yo los crié más que ella.”

“Nunca le conté nada a mi mamá porque siempre se enojó conmigo; no estuvo cuando yo la necesité.”

Tampoco fueron apoyadas ni estimuladas para que estudiaran:

“Mi papá no era una persona que me decía que tenía que ir a la escuela y si yo no quería no iba; al final no fui más.”

“Cuando empecé 1er. grado tuve que ir a vivir en una casa ajena en la ciudad con una señora para ayudarla y que me comprara los útiles y me mandara a la escuela pero me mandaba poco.”

“Mi mamá nos abandonó y yo vivía un tiempo con mi papá, un tiempo con una señora que nos cuidaba... Casi no me mandaron a la escuela; leer no sé.

“Empecé 1ro. del secundario pero no tenía ganas de ir. Mi mamá no sabía que no iba porque trabajaba. Después me dijo que me quedara a cuidar a mis hermanos.

La falta de contención también ha redundado en escasa educación sexual que las entrevistadas a menudo lo atribuyen a la mala relación con las madres:

“Sabía que podía quedar embarazada, oía por ahí, veía carteles en la salita. Por mi mamá no tanto; nosotras le teníamos miedo y por eso no le preguntábamos nada.”

“Si sabía es por lo que oía pero mucho no entendía porque nunca tuve una charla de madre, nunca una tía o mi papá me decía que tenía que cuidarme.”

Sus representaciones sociales de género son tradicionales y las diferencias de género son atribuidas a características innatas como la fuerza física o la personalidad del varón o de la mujer. Así consideran, sin cuestionar, que el hombre debe mantener a la familia y la mujer dedicarse a las tareas domésticas y a los hijos porque “así me enseñaron a mí”, “así me dijeron”, mostrando la naturalización de estas concepciones.

”Al padre le corresponde mantener a la familia porque es más posible conseguir trabajo, porque puede hacer más fuerza y aguantar más horas que la mujer; de la casa y los chicos se deben ocupar las mujeres, porque saben más; así me enseñaron a mí.”

Acorde a ello algunas de estas mujeres acatan la prohibición de trabajar impuesta por el marido. Y varias de las que trabajan lo hacen por la estricta necesidad de mantenerse a sí mismas y a sus hijos dado que se separaron o son solteras, es decir por razones impuestas por las circunstancias y no por elección:

Los principales obstáculos para trabajar residen en el cuidado de los hijos y en la falta de capacitación para acceder a puestos de trabajo bien remunerados.

Es más frecuente que las mujeres que no han logrado empoderarse se iniciaran sexualmente presionadas y fracasaran reiteradamente en el control de la fecundidad.

“Con el papá de mis hijas no usaba preservativo; a él no le gustaba. Después que tuve a la primera me dijeron de tomar las pastillas pero como él no quería, no me dejaba salir a ningún lado ni podía comprarlas quedé embarazada dos veces más...”

“No quería quedar embarazada; fue un accidente. Hacía 6 meses que salía con él y me cuidaba con preservativo pero un día no sé que pasó y dejó de cuidarse, me dijo que quería tener un hijo y ahí quedé.”

Además, varias refieren que fueron presionadas las parejas para no abortar y continuaron con el embarazo.

Como les ocurrió a las mujeres empoderadas, un embarazo inesperado motivó la unión. Pero también se ha dado que se unieran por la presión de los padres ante una difícil situación económica:

”Mi mamá cuando supo que estaba embarazada me mandó con él porque decía que él tenía que tener su responsabilidad conmigo, mantenerme.”

Por no enfrentar solas el embarazo y para que los hijos tuvieran un padre también algunas aceptaron unirse aún cuando las relaciones con la pareja fueran insatisfactorias:

”Durante el embarazo él ya me había golpeado pero como me quedé embarazada es como que no me animé a quedarme sola, no quería que a mi hija le pasara como a mí que crecí sin papá.”

También se encontraron algunos casos en que fueron echadas cuando se embarazaron motivos por el cual se unieron. En algunos casos el embarazo puede dar lugar a una fuga del hogar y a una unión conyugal por temor a la reacción de los padres. En estos casos si bien la unión conyugal no fue decidida libremente, la fuga puede verse como una forma de resistencia al poder paterno:

“Yo tenía miedo porque me iba a pegar mi papá y entonces le conté a mi novio que quedé embarazada y él me rescató y de ahí me fui de mi casa.”

Estas mujeres tienen baja autoestima, –“soy asquerosa”, “media rayada”, “peleadora” – se encuentran aisladas, sin amigas, no son de buscar ayuda, tienen una actitud desesperanzada ante la vida, se sienten solas, tristes y deprimidas, aburridas de la rutina, sienten rencor por las disputas familiares. Algunas no pueden sustraerse de la presión de las pares y se involucran en conductas peligrosas como el consumo de drogas o alcohol.

“Me escapaba con mis compañeras a vagar por ahí, fumábamos porro...”

“Me gustaba joder, me iba con mis amigas que vivían en la calle y se drogaban tomaban y entonces yo hacía eso; me invitan a fumar porro y yo jodía con ellas.”

Sus planes parecen ser sólo una expresión de deseos –se expresan como un “me gustaría”– y no trazan estrategias para lograrlos. Esperan tener “suerte” o que otros le resuelvan sus problemas. Son varias las que no pueden proyectarse en el futuro:

“No tengo planes. En el futuro me veo igual que ahora, sola, trabajando, sin la ayuda de nadie.”

“Lo que quiero es trabajar pero siempre se enferma uno de mis hijos, me salen mal las cosas, no sé cómo voy a hacer.”

“Me gustaría pasear, vagar, no tener responsabilidades. Quisiera darle los gustos a mi hijo, si tengo suerte tener mi casa o conseguir trabajo pero con el nene no puedo o puedo conseguir una pareja que me ayude.”

Las mujeres que no están empoderadas tienden a manifestarse insatisfechas con sus vidas.

“Con mi vida no estoy nada satisfecha porque está sufriendo mi hijo. Lo traje al mundo y no tiene padre, no tiene familia ni casa.”

“Me pongo mal, me deprimó, soy así, no sé por qué, por no tener mi casa, por mi hija que no vive conmigo.”

6. Para finalizar

El empoderamiento es un proceso con idas y vueltas. Diversas circunstancias, más o menos esperadas – ser echadas, separarse o ser abandonadas por la pareja, la muerte de los padres, los embarazos inesperados, el desempleo, las migraciones– señalan un quiebre en las trayectorias vitales de las mujeres que afectan las estrategias que despliegan y que muestran diversas maneras en que se someten o resisten al poder parental o conyugal o logran empoderarse decisiones en un contexto de pobreza.

Algunas de esas estrategias son la utilización de métodos anticonceptivos y su negociación, la opción por el aborto o su rechazo, el abandono del hogar paterno, la separación de la pareja cuando la relación no es satisfactoria, estudiar y trabajar para no depender de la pareja –aún cuando ésta no esté de acuerdo– la participación en las decisiones en cuanto al uso del dinero o del tiempo libre, entre otras.

Muy sintética y hasta esquemáticamente, puede decirse que las mujeres relativamente empoderadas se socializaron en familias no conflictivas que apoyaron sus estudios, tenían un mayor nivel de información sobre sexualidad, mantienen relaciones igualitarias con sus parejas y lograron controlar su fecundidad en mayor proporción que las mujeres no empoderadas.

Por su parte las mujeres no empoderadas están más aisladas, en muchos casos debido a que no trabajan y en otros debido a las restricciones que impone el marido.

Es más frecuente que las mujeres empoderadas trabajen por elección para tener independencia económica y realizarse o no trabajen porque prefieren cuidar a los hijos o por no contar que otros lo hagan mientras que las desempoderadas no trabajan porque el marido se opone o por su escaso nivel educacional.

Además, las primeras tienen proyectos positivos para su futuro y se encuentran satisfechas con su situación vital mientras las segundas manifiestan sentimientos de tristeza, preocupación, aislamiento, soledad, presentan dificultades para proyectarse en el futuro y están insatisfechas con su situación vital.

En síntesis, el proceso de empoderamiento se relaciona con los modelos familiares –democráticos o autoritarios– y las relaciones familiares –armónicas o conflictivas– que se vinculan con los distintos componentes de empoderamiento– autoestima, confianza en sí misma capacidad de agencia, de expresión y de relacionarse y de obtener el apoyo–.

Se relaciona también con la socialización de género a través de la cual se forman representaciones sociales de género que favorecen las relaciones de género de igualdad o de dominación/ subordinación. Ambos aspectos, los modelos familiares y la socialización de género, impactan en la educación, el trabajo, el control de la fecundidad y la participación e integración social, factores que interjuegan y se realimentan en el proceso de empoderamiento.

El empoderamiento se relaciona, a la vez, con la satisfacción con la situación vital y el bienestar subjetivo.

Aunque el presente trabajo se refiere al empoderamiento a nivel individual y familiar no puede obviarse la necesidad de su abordaje con un enfoque ecológico que incluya los niveles comunitario, sociocultural, político y jurídico. Y en este sentido el Estado, mediante leyes y políticas públicas debe garantizar la democratización de las relaciones de género y generación tanto en el ámbito familiar como en los educativos, sanitarios, recreativos, religiosos y judiciales. Además, debe crear una estructura de oportunidades que permita a las mujeres jóvenes en situación de pobreza el acceso a escuelas, servicios de salud, guarderías para los hijos, trabajos “decentes”, centros recreativos y de

participación comunitaria que contribuyan a su empoderamiento. Esto contribuiría al desarrollo y bienestar de las mujeres jóvenes así como a garantizar sus derechos y a alcanzar equidad de género.

Bibliografía

Calveiro, P. (2005). *Familia y Poder*. Buenos Aires: Libros de la Araucaria.

Casique, I. (2012) Empoderamiento y salud sexual y reproductiva de los adolescentes. *V Congreso ALAP* (Asociación Latinoamericana de Población). Recuperado el 20/11/2012 de www.alapop.org

Climent, G. (2009 a.) Voces silencios y gritos: Los significados del embarazo en la adolescencia y los estilos parentales educativos. *Revista Argentina de Sociología*, Año 7, Nro. 12/13, Mayo-junio, 186-213.

Fernández, A. (1994) *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires: Paidós.

Jelín, E. (2005) Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: Hacia una nueva agenda de políticas públicas. Reunión de Expertos “Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales”, CEPAL, Santiago de Chile, 28 y 29 de junio 2005. Recuperado el 14/7/2010 de <http://www.eclac.org/dds/noticias/paginas/0/21520/Jelin.pdf>

Louro Bernal, I. (2005) Modelo de salud del grupo familiar. *Revista Cubana Salud Pública*. [online] sep.-dic. vol.31, no.4, ISSN 0864-3466. Recuperado el 7/3/2008 de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S086434662005000400011&lng=es&nrm=iso

Moyano Díaz, E. y Ramos Alvarado, N. (2007) Bienestar subjetivo: midiendo satisfacción vital, felicidad y salud en población chilena de la Región Maule. *Universum* [online], vol.22, n.2, pp. 177-193. Recuperado el 14/6/2009 de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S071823762007000200012&lng=es&nrm=iso.

Musitu, G.; Román, J. M. y Gutiérrez, M. (1996) *Educación familiar y socialización de los hijos*. Barcelona: Idea Universitaria.

OPS/OMS (2006) Descubriendo las voces de las Adolescentes: Definición de Empoderamiento desde la perspectiva de las adolescentes, Unidad de Salud del Niño y del Adolescente, Área Salud Familiar y Comunitaria, Noviembre.

OPS (2010) Empoderamiento de mujeres adolescentes: Un proceso clave para lograr los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Asdi. Biblioteca Sede OPS. Organización Panamericana de la Salud Washington, D.C: OPS.

Peláez, M. (1998) Los desafíos de las mujeres colombianas en el contexto de desarrollo en *Entre los límites y las rupturas, Cuaderno de Estudios en Género: Mujer y Sociedad* Nro.1, Centro de Estudios en Género: Mujer y Sociedad, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas; Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Medellín, pp 49-56.

Pick, S., Sirkin, J., Ortega I., Osorio, P., Martínez, R., Xocolotzin, U. y Givaudan, M (2007) Escala Para Medir Agencia Personal y Empoderamiento (ESAGE). *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, Vol. 41, Num. 3, 295-304.

Silva, C. y Martínez, M. L. (2004) Empoderamiento: Proceso, Nivel y Contexto, *Psykhe* [online] vol.13, n.2, 29-39. Recuperado el 15/1/2013 de:
http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S071822282004000200003&lng=es&nrm=iso. ISSN 0718-2228. doi: 10.4067/S0718-22282004000200003.